

—Entonces nos despediremos aquí como hermanos, aunque volveremos á vernos en la fiesta.

Y se estrecharon entre sus brazos los dos hermanos, dándose el beso fraternal, como lo habian hecho aquella vez cuando fundaron el «Tugendbund,» y en el mas bello tiempo de su juventud, al renovar este lazo durante su permanencia en la universidad.

Alejandro prometió á Guillermo que lo visitaria en Viena.

—Hasta mañana, pues, en la fiesta; dijo Alejandro, y los dos hermanos se separaron.

CAPITULO VII.

Una horrible catástrofe.

María Luisa, la amable hija del emperador de Austria, habia subido al trono de Francia como esposa de Napoleon. El imperio austriaco se habia enlazado, pues, con Francia, por vínculos de parentesco..... era por consiguiente muy natural que el embajador de Austria, el príncipe de Schwarzenberg, hiciese un gran papel en Paris..... á lo ménos en apariencia.

Schwarzenberg era un hombre de bella figura, lleno de dignidad y de un humor jovial, teniendo como soldado y diplomático la conciencia de su valor, por lo que era un digno representante de su soberano, y á la vez, del

carácter bondadoso de aquellos de sus compatriotas alemanes, que habian permanecido súbditos del emperador de Austria, despues de la disolucion del imperio alemán.

A la amabilidad jovial del príncipe, se hermanaba perfectamente la bondad espiritual de su esposa, condesa de Hohenfeld, lo mismo que la de sus bien educados hijos, guiados por un excelente ayo.

El embajador de Austria era en aquella época casi el único de los representantes extranjeros, á quien la corte francesa trató con benevolencia y distincion, no teniendo necesidad de vivir constantemente con aquella penosa congoja consiguiente á las relaciones diplomáticas poco cordiales de Napoleon con las demás potencias. Por este motivo todas las personas agregadas á la legacion de Austria, pudieron hacer valer en su provecho estas favorables circunstancias. Debido á esto, la casa de Schwarzenberg era el centro de reunion de lo mas selecto de los distinguidos alemanes que en aquella época vivian en número no insignificante en Paris. Fuera del hermano del embajador, príncipe José Schwarzenberg, del príncipe Esterhazy, y de los generales, conde de Wallmoden y conde de Neipperg, que se hallaban en la corte con una mision especial cerca del gobierno francés, habia llegado el coronel, conde de Bentheim, con su ayudante Varnhagen von Ense, como portador de una carta de su soberano dirigida á su hija, la emperatriz de Francia, mientras que los condes de

Sternberg, Paar, Sickingen, de Coudenhoven y otros alemanes distinguidos, habian escogido á Paris como lugar de su residencia eventual.

Negociaciones diplomáticas de la mas alta importancia obligaron tambien al ministro de negocios extranjeros de Austria, príncipe de Metternich, á pasar una temporada en Paris, con su familia y su séquito. Como ya sabemos, el emperador Napoleon habia puesto á su disposicion el palacio del mariscal Ney, con todo su lujoso menaje y gran servidumbre. Tambien allí se formó un círculo selecto de todos los austriacos y extranjeros de distincion y de talento.

Mas todo este exterior brillante y agradable, tenia tambien su reverso; pero éste pudieron conocerlo, solos muy perspicaces y enterados en las cosas políticas y diplomáticas.

A pesar de la cordialidad aparente entre los franceses y de aquellos alemanes que residian en Paris, se mostraba entre los últimos, casi sin excepcion, una repugnancia inequívoca contra los lazos antinacionales recién formados entre el emperador Francisco y Napoleon. El odio contra el último, el opresor de Alemania, no se habia apagado en ningun pecho alemán; de manera que aun en aquellos círculos brillantes y magníficas fiestas que se dieron en honor de Napoleon, un hombre ejercitado en la diplomacia, debió observar que se consideraba al emperador de los franceses, por parte de los alema-

nes, como un enemigo odiado, y que se regocijaban de antemano con la perspectiva de una nueva guerra.

El ocultar estos sentimientos é ideas hostiles, segun lo exigian las circunstancias políticas, no era sin embargo difícil, porque se tenia que cumplir con puras fórmulas en lo que era muy hábil la alta sociedad. ¡Pero aun habia más!..... Napoleon alimentaba, casi por fuerza, las relaciones amistosas con Austria, porque sus procederes no ocultaban de ninguna manera qué, á pesar de estimar de un gran valor su enlace con la casa imperial de Austria, por haber halagado su orgullo, mostrándolo á los ojos del mundo en la cumbre del poder y la grandeza, Napoleon decimos, no se consideraba sin embargo obligado á mantener una amistad sincera: y en efecto, aunque ménos exigente en lo exterior, se mostraba en la esencia como ántes, es decir, hostil y duro. Tan débilmente estaba basado el dominio de Napoleon en los ánimos aun de sus mismos súbditos franceses, que no se podian designar, entre el gran número de sus altos confidentes favoritos, á los que habia hecho ricos y poderosos, sino tres ó cuatro individuos principalmente Duroc, Rapp y Savary, que le eran enteramente adictos y fieles. (1)

Napoleon sabia bien todo esto, y por eso despreciaba y odiaba generalmente á todos los hombres, aun á los

(1) Varnhagen von Ense: *Memorias*, tomo II pág. 254 y siguientes.

que le rodeaban; pero un odio mas profundo profesaba á la Austria y sus representantes en aquella época; á pesar de todas las consideraciones que exteriormente les guardaba.

No obstante esto nada se notaba en lo exterior, y Napoleon habia aceptado por sí y su esposa el convite del príncipe Carlos de Schwarzenberg para la gran fiesta en honor de María Luisa.

Hacia quince dias que no se hablaba en Paris de otra cosa que de esta fiesta, que habia de sobresalir en suntuosidad á todas las habidas y por haber. Con este fin se habian hecho grandes preparativos, principalmente en el espacioso jardin, que se trataba de trasformar en un verdadero Eden de esplendor y magnificencia.

Despues de haber variado algunas veces el dia en que debia celebrarse esta fiesta, se habia fijado para el 1º de Julio.

El embajador de Austria ocupaba en aquella época el antiguo palacio de Montesson, situado en la calle de Montblanc, un edificio muy espacioso y magnífico, situado en medio del ya mencionado jardin de grandes dimensiones; pero no pareciéndole suficiente, habia alquilado el palacio contiguo, para unirlo con el primero.

Inmediato á los salones del palacio de la legacion, se habia improvisado de madera en un gran espacio del jardin, el inmenso local destinado para la fiesta, formando la sala de baile; cuyo cielo y paredes laterales estaban cubiertas exteriormente con hule y por dentro con mag-

níficos tapices, grandes espejos, candelabros, faroles de color y demas adornos; las columnas que separaban el centro de una especie de corredor, estaban cubiertos con los géneros mas costosos, unidos por guirnaldas de flores y colgaduras de muselina y gaza. Inmensos candiles de cristal colgaban en el interior, sostenidos airosamente por cadenas de flores, entrelazadas con cintas y guirnaldas.

En el fondo de este gran salon se habia construido un templete, en cuyo piso, cubierto de magníficas alfombras bordadas de oro, y mas elevado que el del salon, se habian puesto dos magníficos asientos formando una especie de trono, destinados para Napoleon y María Luisa.

El salon tenia tres entradas; la primera, inmediata al templete, conducia al palacio del embajador para la comunicacion de sus moradores; la segunda estaba á un lado, debajo de una especie de corredor que tenia los mismos adornos del salon, comunicando las piezas laterales con el jardin y el mismo salon. La entrada principal se hallaba en el centro de la fachada con un magnífico pórtico, conduciendo al jardin por unas escaleras espléndidamente alfombradas. En el pórtico del salon se ostentaban en honor de la emperatriz, las palabras siguientes en tipos alemanes:

«Mit sanfter Schönheit Reiz strahlt Heldenkraft verbunden,
¡Heill! ¡Heill die gold'ne Zeit ist wieder uns gefunden.»

(«Con el atractivo de una suavé belleza brilla combinada la fuerza heróica.

«¡Salve! ¡Salve! La edad de oro ha renacido para nosotros.»)

Al fin llegó el 1º de Julio, los preparativos habian concluido en la tarde del mismo dia. El personal de la servidumbre se aumentó con algunos centenares, de que una parte llevaba la librea del emperador francés.

Un piquete de la guardia imperial llegó á buena hora, ocupando desde luego sus puestos como guardia de honor. El príncipe Cárlos de Schwarzenberg, su hermano y las dos princesas, todo el personal de la embajada y los demás austriacos agregados á ella, estaban recibiendo á los convidados con ramilletes de flores, y conducian á las señoras al gran salon.

—¿Estás muy contenta, hija mia?..... ¿cómo?..... . preguntó en este momento el viejo príncipe de Leyen á su hija, que estaba sentada junto á él en el carruaje que les llevaba al palacio de Schwarzenberg. ¿Pero en qué estás pensando, Elena?..... ¿No entiendes lo que te digo?

—¡Oh, sí, querido papá! contestó la jóven princesa sumergida en profundas meditaciones. No creo que me note entre la muchedumbre.

—¿Notar?..... ¿cómo?..... ¿quién?..... exclamó el príncipe.

—¡El emperador! contestó Elena; ¿no hablásteis de él?

—¿Yo?..... ¿emperador?..... ¿cómo?..... ¿Pero dónde tienes tus pensamientos, hija mia?

Elena pasó la mano por su hermosa frente, en la cual brillaba una espléndida diadema de rubíes y diamantes.

—¿En el emperador?..... ¿cómo?..... continuó su padre.

—¡No!

—¿Qué?..... ¿no en el emperador?..... ¿En el Sr. de la Reveillère-Lepaux?

Elena movió la cabeza.

—¿Cómo? ¿no en tu prometido?

Elena guardó silencio.

—¿No en el general?..... ¿cómo?..... continuó el viejo príncipe que parecía estar de muy buen humor, por lo que las preguntas salían de sus labios sin interrupción, mientras sus ojos miraban con deleite el aderezo verdaderamente regio que llevaba su hija. ¿Cómo? prosiguió. ¿No debes pensar en tu novio?..... Las niñas piensan siempre en su prometido..... ¿cómo?..... ¿Has consentido?..... ¿cómo?..... Se arreglará hoy todo?..... ¿El mismo emperador?.....

Elena no oyó nada de esto, sin embargo, varias veces había cambiado de color. Su mente estaba ocupada en cosas muy diferentes.

—Hija mia, exclamó el príncipe, que no se podía quedar callado. ¿Te hará feliz esta noche?

—Puede ser, padre mio, contestó Elena poniendo su mano sobre el corazón, que estaba próximo á despedazarse de sobreexcitación.

—¿Le amarás?

—¿A quién, padre mio?

—A tu esposo..... al que te dará la noche por esposo..... ¿cómo?.....

—¡Oh, ciertamente, le amaré!

—¿Y sereis muy feliz con el?..... ¿cómo?.....

—Lo espero en Dios.

—¿Tienes ya su imagen en tu corazón?

—Con caracteres indelebles.

—¡Angel! exclamó el anciano, lleno de contento.

—¡Padre mio! dijo entonces Elena gravemente; tengo que haceros una súplica!

—¿Y cuál es?

—Habeis visto cuán obediente he sido á vuestros deseos.

—¡Habla, hija mia!

—Si durante la fiesta os suplico que me sigais, y que hagais sin poner condiciones todo lo que os diga; ¿accedereis?

—¿Cómo?..... ¿pero á dónde quieres ir?..... ¿Qué he de hacer?

—Todo lo sabreis.....

—Pero no comprendo.....

—No accedereis á esta pequeña súplica de vuestra hija, que se ha sometido enteramente á vuestra voluntad?

—Sí..... pero..... á dónde te he de seguir?..... ¿cómo?.....

—Me llevaréis con mi prometido.

—¿Llévarte con tu prometido?..... con el mayor placer.

—¿Y me lo prometéis bajo vuestra palabra de honor de príncipe?

—Aquí esta mi mano, exclamó el anciano. Te lo prometo bajo mi palabra de príncipe..... ¿cómo?..... ¿qué?.....

—¡Hemos llegado! dijo la princesa. El coche se detuvo en la larga hilera de los carruajes, que con gran lentitud podían llegar al pórtico principal.

Ya comenzaban á llenarse los salones. La belleza, los atractivos, el excesivo lujo en los vestidos de las señoras, los brillantes uniformes, las diademas y condecoraciones..... todo esto rivalizaba entre sí, é iba en aumento á cada instante. Habían sido ya introducidos algunos reyes y reinas..... pero todos estaban esperando aún á los soberanos de Francia.

Eugenio, el virey de Italia, estaba platicando con la princesa Paulina de Schwarzenberg, á cuyo lado la reina de Nápoles había tomado asiento, oyendo con la sonrisa

en los labios las galantes comparaciones que el príncipe Esterhazy deducía del ramillete que S. M. tenía en la mano. El conde Zeppelin, embajador de Wurtemberg, y su bella y amable esposa, estaban platicando con el duque de Abrantes, mientras el gran duque de Würzburg se paseaba con el príncipe de Kurakin, embajador ruso; y el rey y la reina de Westfalia daban oído á los ingeniosos sarcasmos del príncipe de Metternich.

También el príncipe Borghese y el conde Reynauld se hallaban en aquella parte del salón, mientras el mariscal Berthier, el príncipe de Neufchatel y Wagram, vicecondestable de Francia, estaban engolfados en una conversacion muy viva con el general conde de Neipperg. Acababan de entrar Varnhagen von Ense y el señor de Chamisso.

El mariscal Berthier era muy amable y se grangeaba desde luego las simpatías de todos, por su modales benévulos y por aquel reposo que se combina en lo general con una grande inteligencia. Varnhagen oía á alguna distancia que el tema de la conversacion se versaba sobre la batalla de Marengo. El conde Neipperg indicó, cuando dudoso había sido el éxito, cuando el general Desaix ya había muerto y que Napoleón mismo desconfiaba aún, opinó Berthier que el emperador había tenido razon, aunque hubiese creído ya segura la victoria, añadiendo:

—*C'est toujours après les succès que je crains le plus dans la guerre, et rien de si dangereux que le commencement d'une victoire.*

(Después del éxito en la guerra, es siempre cuando más temores tengo; y nada es tan peligroso como el principio de una victoria.)

La llegada del príncipe de Leyen con su hija, interrumpió la conversacion. Todos los presentes dirigieron sus miradas á Elena saludándola, pues colmada del favor de Napoleon, se habia hecho para todos los cortesanos una persona de grande importancia, y brillaba además en aquella fiesta, como la diosa de la juventud y de la hermosura.

Nadie observó que su rostro y el de Chamisso se habian puesto color de púrpura al notarse mutuamente.

La princesa Paulina de Schwarzenberg se apresuró á saludar á su jóven amiga..... entónces cayó un guante blanco á sus piés..... Elena palideció; era la señal que habian convenido por medio de la Srta. Enriqueta Mendelssohn, y con ella se le avisaba que todo estaba listo para la fuga.

El llevarse la mano á la mejilla izquierda era la contestacion por parte de Elena; con esto respondia:

—Iré, adorado mio!

Todo esto se hizo, pasando desapercibido para la muchedumbre de los cortesanos, los cuales esperahan con ansia la llegada del emperador y de la emperatriz, que debia ser la señal para la apertura de la fiesta.

En el mismo instante anunciaron las voces de mando de los oficiales, el ruido de las armas, el redoble de los

tambores y el marcial sonido de las músicas, la llegada de los soberanos, cuyo coche de gala pasaba entre una doble hilera de soldados que estaban formando valla.

Cuando se detuvo el coche, se le acercó un oficial á quien el emperador preguntó en voz baja:

—Marcheau, ¿está todo arreglado?

—Todo.

—¿Y es cierto lo que dijo el jefe de la policía secreta?

—Todo es cierto, Majestad. El Sr. de Chamisso tiene una silla de posta con cuatro caballos en la pequeña puerta del jardin; tiene además relevos de caballos escalonados hasta Dieppe.

—Muy bien, dijo Napoleon, dejareis entrar á Chamisso y á la princesa, y luego volvereis al coche con vuestra gente, que debe estarse siempre cerca de las portañuelas; el postillon tomará las riendas poniendo el coche en movimiento hasta llegar á los dos lugares determinados. Tratareis á la princesa con toda clase de consideraciones, y la anunciareis mi visita. Si Chamisso hace la menor resistencia, le matareis. ¿Entendisteis?

—Sí, Majestad.

—Vuestra cabeza me garantizará la fiel ejecucion de mis órdenes.

El oficial se retiró y Napoleon salió del coche.

A la entrada del salon recibieron al emperador y á la emperatriz, las familias de Schwarzenberg y de Metternich; el príncipe Carlos de Schwarzenberg pronunció una pequeña alocucion, y las princesas le obsequiaron con ramilletes de flores, que aceptó, entregándolos en seguida á la emperatriz. Luego dió el brazo á ésta, llevándola al interior del salon, seguido del personal de la embajada y el séquito de la corte.

Habia algo de muy imponente en la figura de Napoleon; pero todas sus facciones eran inflexibles y taciturnas; su severa mirada no tenia un rasgo de benevolencia.

Napoleon arrojó una violenta, pero investigadora mirada sobre la muchedumbre; rehusó los refrescos que se le ofrecian; sus ojos buscaban seguramente á álguien que no encontraban. Luego se le volvió á acercar el embajador de Austria invitándole á dar una vuelta por el jardin. Napoleon consintió, y dando el brazo á la emperatriz, siguió al príncipe.

—Dejemos gozar á la muchedumbre sus gustos superficiales, decia en voz baja Alejandro de Humboldt á su hermano Guillermo. Esta gente no conoce nada mas elevado que el calentarse al calor de estos soles terrestres. Que lo hagan pues; para nosotros es mas precioso el tiempo. Empleemos las pocas horas que nos quedan, en una dulce intimidad de corazon.

—Con mucho gusto, contestó Guillermo. Quisiera no haber venido á este lugar.

—¿Por qué? preguntó Alejandro.

—Porque en mi casa nos hubiéramos pertenecido enteramente á nosotros mismos, y luego..... no sé; pero no me siento bien aquí. Tal vez será por la inquietud que se apodera de uno poco ántes de emprender un viaje, ó tambien puede ser por el disgusto que experimenta todo corazon aleman, cuando se halla cerca de este omnipotente corso..... sea lo que fuere, algo oprime mi corazon.

—¿Qué otra cosa ha de ser, sino lo que á mí tambien me pone de mal humor?

—¿Y qué es pues?

—La poca dignidad de los hombres y principalmente de los alemanes, en presencia del opresor de la patria.

—¡Cuidado! dicen que las paredes tienen oidos en Paris.

—Y á nosotros la naturaleza nos dió la razon. Emplémosla, y vivamos solo para nosotros mismos y para nuestro mútuo cariño, porque aun con la mejor voluntad, no podremos invertir el órden del destino.

Alejandro dió á su hermano el brazo, y ambos se dirigieron á los salones, que habian quedado casi vacios, sosteniendo una conversacion íntima y de corazon.

Entre tanto el emperador y la emperatriz, guiados por el embajador de Austria y seguidos por una multitud de convidados, habian entrado al jardin, espléndidamente iluminado y donde en diversos puntos estaban repartidas

algunas bandas militares de música, y varios grupos de cantantes, que al aparecer Napoleón y los demás soberanos hicieron vibrar los aires, las primeras con sus marchas triunfales, y los segundos con sus cantos armoniosos. Además, se habían colocado multitud de objetos alegóricos, que lisongeaban los recuerdos patrios de la emperatriz, en las anchas calles de árboles y entre los arbustos de flores.

Al fin se detuvo el príncipe de Schwarzenberg en un sitio, donde se habían colocado asientos para Napoleón, su esposa, y demás testas coronadas.

En frente de este sitio y á alguna distancia, se había colocado una fachada artificial imitando con mucha habilidad la vista del castillo de Luxemburg, residencia favorita de la emperatriz María Luisa en Viena.

A pesar de todo esto, las facciones de Napoleón permanecieron frías é indiferentes; pero en los ojos de María Luisa se notó una lágrima al dar las gracias al embajador por esta agradable sorpresa.

Y para tributarle un homenaje mas con los recuerdos de su patria, se presentaron luego muchos bailarines de ambos sexos de la gran ópera con trajes austriacos, y ejecutaron con suma gracia y maestría algunas danzas populares de la Austria, poniendo finalmente en escena una pantomima que había hecho Chamisso expresamente para esta fiesta. La paz y la guerra representaban en ella los dos principales papeles. De la segunda quedaban después de muchos horrores, solo los laureles de la

victoria; mientras que la primera reunía con el honor sus mas benéficos dones.

Fuese por las alusiones respecto á los horrores de la guerra, ó fuese por el nombre del poeta, el semblante de Napoleón había tomado un aspecto todavía mas siniestro.

Solamente después que su mirada de águila hubo visto entre la multitud de reinas y princesas á Elena von der Leyen, irradió en sus ojos un relámpago de triunfo. Elena sintió esta mirada hasta lo mas recóndito de su alma..... la sintió..... la conoció..... ya otra vez la había sufrido!..... Un doloroso estremecimiento recorrió todo su cuerpo..... pero no había llegado aún el momento de su salvación. Si se hubiera ausentado luego, habría llamado mucho la atención. Solo después de comenzado el baile, cuando todo el mundo estuviera distraído, podría ejecutar el atrevido paso que debía salvarla.

Apenas habían concluido los bailarines el baile y la pantomima, cuando llegó un correo y se presentó lleno de polvo al emperador, entregándole de rodillas algunos pliegos. Corrió luego el rumor entre los cortesanos de que estos pliegos contenían grandes y favorables noticias de España; pero Napoleón, que estaba enterado de los pormenores de esta pequeña broma, anunció sonriéndose que habían venido de Viena, y entregó luego á la emperatriz una carta de su padre recibida dias án-

tes, pero que se habia conservado para dar á María Luisa una grata sorpresa en la noche del baile.

Despues de las escenas anteriores, se solazaron los sentidos, admirando unos magníficos fuegos artificiales, que habian costado grandes sumas y en cuya preparacion se habia empleado todo el arte pirotécnico. Repentinamente se notó un gran movimiento de inquietud entre los espectadores; era que una de las vigas que sostenian los armazones de los fuegos se habia incendiado; mas, pronto fué apagada y se restableció la calma.

La concurrencia volvió toda al interior de los salones; entonces fué cuando notó Napoleon la inscripcion en aleman sobre el pórtico. Se vió como un rayo de cólera en su semblante impasible; pero solo fué por un instante, pues luego se convirtió esta expresion momentánea de cólera, en una sonrisa sardónica al dirigir una rápida mirada á su esposa alemana.

Saludados por la música con marchas triunfales, entraron en seguida el emperador y la emperatriz al salon principal; y despues de haber ocupado los asientos que se les habian preparado de antemano y de haberse agrupado á su rededor los demás reyes, reinas, príncipes, duques, condes, mariscales, generales y ministros extranjeros, dió principio el baile.

Era la media noche.

Detrás del jardin, en un tortuoso y estrecho callejon, estaba un carruaje tirado por cuatro caballos; un lacayo

abrió la portafuella esperando con ansia la llegada de algunas personas. El cielo estaba cubierto de negros nubarrones, amenazando una fuerte tempestad. Una doble hilera de dragones imperiales, estaban silenciosos é inmóviles apostados en la oscuridad, listos á ejecutar á su tiempo las órdenes que habian recibido.

En el salon procuraba Chamisso acercarse á Elena, cuyo corazon palpitaba de emocion y temor.

Alejandro y Guillermo habian entrado al nicho de una ventana, porque el segundo iba á emprender luego su viaje para Viena, y por eso querian darse el último adios á solas.

Habian principiado el baile la reina de Nápoles con el príncipe de Esterhazy, y el virey Eugenio de Italia con la princesa de Nápoles.

Durante el baile se habian levantado el emperador y la emperatriz, separándose en direccion opuesta. El primero se acercó al jóven general La Reveillére Lepaux, dirigiéndole una mirada llena de benevolencia.

—*Mariscal* La Reveillére Lepaux! dijo el emperador con voz firme.

Todo el mundo se sorprendió. La Reveillére se puso pálido de emocion, balbuceando:

—Sire!.....

—¡Está bien! dijo Napoleon. Me agrada distinguir á mis oficiales inteligentes. ¿Teneis valor, mariscal?

—Sire! contestó éste; me lisongo de que en las batallas.....